

ALFAGUARA



Carlos Fuentes

Adán en Edén

*A Francisco Toledo, gracias
por la memoria de ochenta elefantes.*

¿Acaso te pedí, Hacedor, que de la arcilla
me hicieras hombre, acaso te pedí que de la
oscuridad me ascendieras?

MILTON
Paraiso perdido

1.

No entiendo lo que ha sucedido. La Navidad pasada todos me sonreían, me traían regalos, me felicitaban, me auguraban un nuevo año —un año más— de éxitos, satisfacciones, reconocimientos. A mi esposa le hacían caravanas como diciéndole qué suertuda, estar casada con un hombre así... Hoy me pregunto qué significa ser «un hombre así...» o «asado». Más asado que así. ¿Fue el año que terminó una ilusión de mi memoria? ¿Realmente ocurrió lo que ocurrió? No quiero saberlo. Lo único que deseo es regresar a la Navidad del año anterior, anuncio familiar, repetido, reconfortante en su sencillez misma (en su idiotez intrínseca) como profecía de doce meses venideros que no serían tan gratificantes como la Noche Buena porque no serían, por fortuna, tan bobos y malditos como la Navidad, la fiesta decembrina que celebramos porque sí, no faltaba más, sin saber por qué, por costumbre, porque somos cristianos, somos mexicanos, guerra, guerra contra Lucifer, porque en México hasta los ateos son católicos, porque mil años de iconografía nos ponen de rodillas ante el Retablo de Belén aunque le demos la espalda al Establishment del Vaticano. La Navidad nos devuelve a los orígenes humildes de la fe. Una vez, otra vez, ser cristiano significaba ser perseguido, esconderse, huir. Herejía. Manera heroica de escoger. Ahora, pobre época, ser ateo no escandaliza a nadie. Nada escandaliza. Nadie se escandaliza. ¿Y si yo, Adán Gorozpe, en este momento derrumbo de un puñetazo el arbolito navideño, hago que se estrellen las estrellas, le coloco una corona en la cabeza a mi mujer Priscila Holguín y corro a mis invitados con

lo que antes se llamaba (¿qué quiere decir?) *cajas destempladas...*?

¿Por qué no lo hago? ¿Por qué me sigo conduciendo con la amabilidad que todos esperan de mí? ¿Por qué sigo comportándome como el perfecto anfitrión que Navidad tras Navidad reúne a sus amigos y colaboradores, les da de comer y beber, les entrega regalos distintos a cada uno —jamás dos veces la misma corbata, el mismo pañuelo— aunque mi mujer insista en que ésta es la mejor época para el «roperazo», es decir, para deshacerse de regalos inútiles, feos o repetidos que nos son entregados para endilgárselos a quienes, a su vez, los regalan a otros incautos que se los encajan a...

Contemplo la pequeña montaña de obsequios al pie del árbol. Me invade un temor. Devolverle a un colaborador el regalo que éste me hizo hace dos, tres, cuatro Navidades... Me basta pensarlo para suprimir mis temores anticipados. No estoy aún en el Año Nuevo. Sigo en la Noche Buena. Me rodea mi familia. Mi esposa inocente sonrío, con su sonrisa más vanidosa. Las criadas distribuyen ponches. Mi suegro ofrece una bandeja de bizcochos.

No debo adelantarme. Hoy todo es bueno, lo malo aún no sucede.

Distraído, miro por la ventana.

Pasa un cometa.

Y Priscila mi esposa le da una sonora cachetada a la criada que distribuye cócteles.

2.

Pasa, una vez más, un cometa. Me invade una gran duda. Este astro luminoso, ¿es precedido por su propia luz o sólo la anuncia? ¿La luz anticipa o finaliza, es presagio de nacimiento o de defunción? Creo que es el sol, astro mayor, quien determina si el cometa es un *antes* o un *después*. Es decir: el sol es el dueño del juego, los cometas son partículas, coro, *extras* del universo. Y sin embargo, al sol nos acostumbramos y sólo su ausencia —el eclipse— nos llama la atención. Pensamos en el sol cuando no vemos el sol. Los cometas, en cambio, son como chisguetes del sol, animales emisarios, ancilares al sol, y a pesar de todo, prueba de la existencia del sol: sin los esclavos no existe el amo. El amo requiere siervos para probar su propia vida. Si no lo sabré yo que, abogado y empresario moderno, doy fe de mi ser y de mi estar cinco veces a la semana (sábados y domingos son días feriados) tomando mi lugar a la cabeza de la mesa de negocios, con mis subordinados muy subordinados aunque yo me comporte como un jefe moderno, nada arbitrario: un sol que quiere calentar pero no incendiar. Y a pesar de todo, ¿no es cierto que sólo soy el jefe porque ellos aceptan que lo sea?, ¿son los cometas los que nos hacen pensar en el sol?, ¿los segundos le dan vida al primero? No sé si todo hombre en mi posición piensa en estas cosas. No lo creo. Por lo común el poderoso da por descontado su poder, como si hubiera nacido no desnudo sino coronado, envuelto en riqueza. Miro a mis empleados sentados alrededor de la mesa y quisiera preguntarles, ¿soy el sol?, o ¿soy el solo? ¿Tengo poder por mí mismo o porque ustedes me lo dan? Sin ustedes, ¿carecería de po-

der? ¿Los poderosos son ustedes que me confieren poder o yo, el que lo ejerce?

El cometa del día de hoy es cometa porque es visible. ¿Cuántos astros, cada día, circulan por los cielos sin que nos demos cuenta? ¿Somos astros barbados, una luz que precede, o astros caudatos, luminosidad que sucede? Si yo fuese un cometa, ¿cómo sería mi cola? ¿Difusa, en ramales que se disparan cada uno por su lado? ¿Corniforme, un abogado presidente de empresa con cola encorvada? ¿Inesperado o periódico —un astro singular e inimaginable hasta que aparece, o un cometa predecible y en consecuencia aburrido, o sea, poco cometa?

El tiempo —o sea, esta narración— lo dirá.

¿Son los sábados, los domingos, en realidad, días *feriados*? Y feria, ¿es sólo día de descanso, o agitado día de compraventas?

Este día no lo diré —o espero no decirlo— sino presidiendo el Consejo de Administración, dándome el lujo —determinado, voluntarioso— de ser el único que cuelga la pierna encima del brazo de la silla y la mueve con displicencia. A ver, ¿quién más se atreve?

Y yo mismo, ¿me atrevo a explicarme a mí mismo la razón de mi éxito?

3.

¿Por qué me casé con ella? Sitúense y sitúenme. Yo empezaba mi carrera. Era un pasante de Derecho. Aún me faltaba presentar la tesis, recibir el título. Yo no era, estrictamente hablando, nadie.

Ella, en cambio...

La veía retratada en la prensa todos los días. Era la Reina de la Primavera, paseaba a lo largo de la Reforma en un coche alegórico (ante la indiferencia, es cierto, de los peatones). Era la princesa del Carnaval de Mazatlán (antes de pasar al princesado gemelo de Veracruz). Era la madrina de la Cervecería Tezozómoc en beneficio de los asilos de ancianos. Inauguraba tiendas, cines, carreteras, spas, iglesias, cantinas... y no porque fuera la más bonita.

Priscila Holguín era, apenas, lo que se llama «bonitilla». Su carita redonda era redimida por el brillo de los ojillos inocentes, la limpieza colgática de la dentadura, los hoyuelos de las mejillas, sus ricitos de Shirley Temple, la diminuta nariz que no reclamaba urgencias quirúrgicas. Era lo que entre nosotros se llama «una monada»; no una belleza llamativa a lo María Félix o Dolores del Río pero tampoco fea como tantas mujeres chaparras, prietas, gordas, redundantes, seriamente buenas o perversamente malas, desprovistas de la grande y rara perfección de las mestizas arriba mencionadas y destinadas a ser novias (de jóvenes) y, con suerte, tolerables matriarcas (de viejas). Las canas ennoblecen.

Priscila Holguín representaba, así, el justo medio. De fea no tenía nada. De belleza, muy poco. Era lo que se

llama *agraciada*. Su aspecto no ofendía a las feas ni rivalizaba con las hermosas. Era, por así decirlo, la novia ideal. A nadie amenazaba. Y esta ausencia de peligro la hacía más atractiva que las devoradoras fatales o los tamales sin chile.

Además, su gracia consistía no sólo en reinar sobre las ceremonias dispensables, sino que, como si sospechase la inutilidad de su monarquía, la adornaba con canciones. Y así, tras la coronación como Reina de Tal o Princesa de Tal Cual, ella remataba con alguna frasecilla musical, «miénteme más, que me hace tu maldad feliz», o «allá en el rancho grande, allá donde vivía» o «no hay porteros ni vecinos» o «junto al lago azul de Ipacará».

Nada de esto venía a cuento, pero todos esperaban la rúbrica de Priscila, como si ella requiriese la cancioncilla final para demostrar algo: que su reinado no se reducía a la belleza (discutida, sosa), sino que era recompensa a un talento (cantar letrillas de música popular). O quizás al revés: Priscila era ante todo cantante, su corona un accidente, una especie de sobresueldo a su arte. O al revés: la cancioncilla compensaba la falta de una belleza realmente llamativa —en el sentido o los sentidos de llana flama o llamar atención.

No en balde —yo leía, yo reía— la cortejaban los muchachos más ricos de la ciudad. Los herederos de los capitanes de industria. Los caritas. Los rolleros. Los que manejan Maseratis. ¿No era Priscila la acompañante constante del automóvil sport descapotable, del yate acapulqueño, de la barrera de primera fila taurina? ¿No era, en suma, inaccesible, más allá de las páginas de sociales de *Club Reforma*? ¿Cómo llegar a ella directa, físicamente, sin la intermediación protocolaria?

La vi anunciada un día como madrina del Salón del Automóvil. Todas las grandes marcas europeas y japonesas competían (las americanas no: han sido desplazadas para siempre al escollo del todoterreno). Mercedes Benz,

Audi, Alfa Romeo, Citroën, BMW: entré al Salón con carrillo, entre la profusión de metales relumbrantes, carrocerías lujosas, fanales expectantes y ruedas de reluciente caucho negro boleado, y mi azaroso temor de que ninguna de estas marcas podría rodar con impunidad por la ciudad de México sin exponerse al bache, la mentada de madre, el rayón gratuito, acaso el asalto, la destrucción vengativa, ¿por qué tú sí y yo no, cabrón?

Supe en ese instante que debía despojarme de todo asomo del rencor propio del que nada o poco tiene ante los que mucho tienen porque pocos son.

¿Puede un coche de lujo provocar una revolución? ¿Que coman pastel? ¿Que manejen Maserati? No quise poner mis sospechas a prueba. Más bien, entrando a la exhibición que inauguraría la Emperatriz del Volante (*a.k.a.* Priscila Holguín), me repetí el refrán que dice: «Rollero mata carita y Maserati mata rollero».

Los galanes de Priscila —C-R-M: caritas, rolleros, Maseratis— la rodeaban como para confirmar que ella sería de todos o no sería de nadie. Intuí esta situación de inmediato. La corte de galanes la rodeaba no porque era ella sino por lo que ella representaba: era una marca más, Priscila Maserati o Priscila Corn-Flakes o Priscila Coca-Cola. Acercarse a ella era aproximarse a un prestigio reconocido, no a un ser luminoso. Si la invitaban a salir, era para lucirse ellos —caritas, rolleros, Maseratis—, no para enamorarla. Aquel al que ella elegía para salir recibía el premio, era fotografiado con la Reina, Princesa y Madrina; nunca volvería a verla, porque bastaba una vez para darle al galán el prestigio de haber salido con Priscila, y Priscila no salía dos veces con el mismo muchacho, no fueran a creer que la cosa era de a devis, novia, esposa, niguas. Priscila —la vi, la entendí— tenía que ser joven, soltera, disponible, pero nunca pareja de nadie porque ser pareja de alguien significaba excluir a todos los demás pretendientes, dejarlos sin esperar ser algo más que C-R-M para conver-

tirse en nuevo aspirante, novio, marido y sacrificar, así, a todos los demás muchachos que, *mirabile dictum*, reciben la recompensa que tendría el galán por haber salido y sido visto con la Reina de la etcétera. De manera —imaginé e imaginé bien— que Priscila Holguín al fin era el anzuelo que le daba la aureola de una atracción irresistible a quien saliese con ella, preparándolo para escoger con patronazgo infinito y un grano de desdén a la muchacha que sería, pues, la compañera de su vida, la madre de sus hijos, la vencedora pírrica contra la Princesa de Princesas.

Entré al Salón del Auto. Vi a Priscila tal como era. Una invención publicitaria. Una muchacha que no ponía en peligro a la novia o esposa eventual de los galanes que la asediaban en torno a un Cadillac de museo. Ahí pasé entre mis competidores —así los juzgué en ese momento—. Llegué hasta Priscila, la tomé de la mano y le dije:

—Vámonos. Te invito un café en Sanborns.